

## Un estudio sobre el *Diálogo de doctrina christiana en la lengua de Mechuacan, 1559*, de fray Maturino Gilberti

Rodrigo Martínez Baracs\*

Moisés Franco Mendoza, *Eráxamakua. La utopía de Maturino Gilberti*, prólogo de Miguel León-Portilla, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2015, 458 pp.

**E**l aporte fundamental de Moisés Franco Mendoza en su libro *Eráxamakua. La utopía de Maturino Gilberti* es haber destacado la importancia no sólo histórica y religiosa sino también literaria del *Diálogo de doctrina christiana en la lengua de Mechuacan* de fray Maturino Gilberti, gran monumento de la literatura en lengua michoacana, tarasca o purépecha. Sobresale por su excepcional extensión, 600

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Agradezco la invitación de los coordinadores del grupo Kwanis de Estudios del Pueblo Purépecha a participar en la presentación de *Eráxamakua* de Moisés Franco Mendoza en la reunión del sábado 25 de marzo de 2017 en el Antiguo Colegio Jesuita de Pátzcuaro. Y agradezco de manera particular los consejos y el apoyo de J. Benedict Warren, Carlos Herrejón Peredo, Carlos Paredes Martínez, Frida Villavicencio Zarza, Jorge Traslosheros y el propio Moisés Franco Mendoza.

grandes páginas a doble columna, por la variedad de los textos devocionales incluidos, por la prolijidad de las explicaciones sobre cuestiones religiosas difíciles, y por la maestría en el manejo de la lengua michoacana, con todas sus sutilezas de sentido y belleza. El *Diálogo de doctrina christiana...* es una obra maestra de la lengua purépecha, que debe traducirse y estudiarse.

Otra cosa que Moisés Franco Mendoza expresa con fuerza es que el *Diálogo de doctrina christiana...* fue concebido por el propio Gilberti como la culminación de toda su obra, la que le da sentido al *Arte de la lengua de Michuacan* (la gramática) y al *Vocabulario en lengua de Mechuacan*, conformando la famosa “trilogía catequística: artes, vocabularios y doctrinas” de la que habló el lingüista Thomas C. Smith Stark (1948-2009).<sup>1</sup> Eso sí, al igual que fray Alonso de Molina (1513-1579), y a diferencia

<sup>1</sup> Thomas C. Smith Stark, “La trilogía catequística: artes, vocabularios y doctrinas en la Nueva España como instrumento de una política lingüística de normalización”, en Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño (dirs.), *Historia sociolingüística de México*, México, El Colegio de México, 2010-2017, 4 vols., vol. I, pp. 451-482.

de fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y de fray Jerónimo de Alcalá (ca. 1508-ca. 1545), Gilberti se mantuvo ajeno a la tentación de escribir sobre las antigüedades de los indios, ¿o, sí lo hizo y sus manuscritos se perdieron?

En el título mismo del libro, *Eráxamakua. La utopía de Maturino Gilberti*, está presente la peculiar traducción de la palabra “utopía” a la lengua michoacana que propone Moisés Franco: no tanto como u-topía, “lugar que no existe”, sino como “ver hacia delante y proyectarse hacia allá”. Así pues, Utopía-Eráxamakua podría acaso traducirse como: “lugar que todavía no existe”. Tomado en cuenta las generosas virtudes y graves peligros de toda utopía.

La utopía de Gilberti se centraba, escribe Moisés Franco, en “educar y en enseñar la doctrina en la lengua de Michoacán a los habitantes de la antigua *iréchequa* michoacana, siguiendo la tradición franciscana”. Se trata, pues, de un proyecto que fray Maturino compartía con varios otros compañeros de orden como fray Pedro de Gante (1480-1572), fray Alonso de Molina, fray Bernardino de Sahagún, fray Juan Baptista Viseo (1555-ca. 1609), en lengua mexi-

cana, y con frailes como fray Benito Fernández en dos variedades de la lengua mixteca, entre muchos otros, franciscanos, y dominicos y agustinos.<sup>2</sup> Este proyecto de evangelización educativa realizada por los frailes ciertamente fue exitoso, como bien lo mostraron Joaquín García Icazbalceta (1825-1894),<sup>3</sup> Robert Ricard (1900-1984)<sup>4</sup> y George Kubler (1912-1996),<sup>5</sup> entre otros, aunque la modalidad de

<sup>2</sup> Georges Baudot (1935-2002) identificó una utopía franciscana, semejante y diferente de la utopía quiroguiana, en *Utopie et histoire au Mexique. Les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*, Toulouse, Privat, 1977; Vicente González Loscertales (trad.), *Utopía e historia en México*, con prefacio a la edición en lengua española, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

<sup>3</sup> De Joaquín García Icazbalceta deben citarse sus grandes ediciones y estudios: la *Colección de documentos para la historia de México* (1858, 1866), la *Historia eclesiástica indiana* de Mendieta (1870), su *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México* (1881), su *Carta sobre el origen del culto a Nuestra Señora de Guadalupe* (escrita en 1883), su *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1886), su *Nueva colección de documentos para la historia de México* (1886-1892), y su "Estudio histórico" (1894), entre otros.

<sup>4</sup> Robert Ricard, *La «conquête spirituelle» du Mexique*, Paris, Institut d'Ethnologie, 1933; Ángel María Garibay K. (trad.), *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Jus / Polis, 1947; *cfr.* la traducción de Ángel María Garibay K., revisada por Andrea Huerta, en México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1986.

<sup>5</sup> George Kubler, *Mexican architecture of the sixteenth century*, New Haven, Yale University Press, 1948, 2 vols., Roberto de la Torre *et al.* (trads.), *Arquitectura mexicana del siglo XVI* (1948), México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1982.

cristianismo que se impuso en México no fue la de los frailes (rígido monoteísmo cristocéntrico, adverso al culto a las imágenes), sino la de clero secular, representado por el arzobispo fray Alonso de Montúfar (*ca.* 1489-1572) y el obispo don Vasco de Quiroga, muy en consonancia con lo que se discutía y decidía en el Concilio de Trento (1545-1563).<sup>6</sup>

Pero no cabe duda de la grandeza, la ambición desmedida, del proyecto cristianizador de fray Maturino Gilberti en su descomunal *Diálogo de doctrina christiana...*, que rebasó en mucho todos los esfuerzos de sus contemporáneos. Es una suerte de utopía bibliográfica, extrañamente relacionada con la utopía arquitectónica de la gran catedral de cinco naves en forma de mano abierta<sup>7</sup> que Vasco de Quiroga nunca pudo acabar de construir en su ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Ahora vemos que el *Diálogo de doctrina christiana...* es una catedral de papel y tinta. Tal vez parte de la inquina del obispo Quiroga contra la obra de Gilberti se deba a la envidia de que su catedral, iniciada en 1538, no la podía concluir debido a la oposición de los franciscanos (encabezados entre otros por Gilberti), de los indios de los pueblos de la provincia de Mechucan y del virrey Velasco (1550 a 1564), que viajó a Michoacán y visitó Pátzcuaro en 1555-1556. Y la *Doctrina christiana* en español,

<sup>6</sup> Edmundo O'Gorman, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, IHH-UNAM, 1986.

<sup>7</sup> La expresión es del padre Francisco Miranda Godínez.

publicada por el obispo Quiroga en 1553, no tuvo el impacto de la *Doctrina christiana en lengua de Mechuacan* de Gilberti, la pérdida de 1553, ni la ambición desmedida de su *Diálogo de doctrina christiana...*, que los frailes y los purépechas letrados podrían leer y explicar a la grey cristiana de los pueblos michoacanos.

El libro *Eráxamakua* de Moisés Franco Mendoza está dividido en cuatro capítulos, en todos los cuales extracta y traduce importantes fragmentos del *Diálogo de doctrina christiana...* de Gilberti, que son un tesoro. Las traducciones de Moisés Franco son buenas y sensibles a los giros expresivos de la lengua purépecha, de tal modo que se puede captar en lo vivo los recursos a los que recurrió Gilberti para expresar en ese lenguaje los elementos fundamentales de la religión católica. Agrego que estas versiones bilingües y en ocasiones trilingües (en lengua latina, michoacana y castellana) son muy didácticas para el estudio de la lengua michoacana y para entender los dilemas y retos a los que se enfrentó Gilberti en sus traducciones. Recomiendo comenzar estudiando las versiones en latín, purépecha y español del credo y del padrenuestro (pp. 114-118).

Siguiendo la práctica establecida en su edición de la *Relación de Michoacán*,<sup>8</sup> Moisés Franco Mendoza en *Eráxamakua* nos indica la

<sup>8</sup> Fray Jerónimo de Alcalá, *Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechuacan*, Moisés Franco Mendoza, coordinador de edición y estudios, Zamora, Morelia, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 2000.

ubicación del acento tónico de las palabras purépechas, paso muy útil porque en lengua michoacana el acento tónico puede caer en la primera o más frecuentemente en la segunda sílaba de las palabras. Franco Mendoza también da en algunos casos la ubicación de un acento secundario, con el curioso efecto de palabras con dos acentos tónicos, como *túcupácha*, “entidad divina”. Menciono el mantenimiento innecesario de algunas “q”, en palabras como *iréchequa*, “reino”, que se puede muy bien escribir con “c”, *iréhecua*; y el mantenimiento de algunas “k”, como en *Eráxamakua*, que se puede muy bien escribir también con “c”, *Eráxamacua*. Y la introducción de algunos apóstrofes y “h”, como en *p’urhépecha*, que no tienen una clara correspondencia en español (confieso que yo hasta la fecha, en veinte años de existencia, todavía no aprendo a escribir Kw’anískuiyarhani sin equivocarme).

El primer capítulo de *Eráxamakua* trata de la “Religión prehispánica de los p’urhépecha”, con base sobre todo en la *Relación de Michoacán*, concluida en 1541 por el franciscano fray Jerónimo de Alcalá, y le saca buen jugo al anónimo *Diccionario grande* publicado por J. Benedict Warren. Son escasos los datos sobre la religión prehispánica que se filtraron en el *Vocabulario* o en el *Diálogo de doctrina christiana...* de Gilberti, pero Moisés Franco utiliza términos tomados de estas obras para precisar conceptos de la lengua michoacana.

Algunos puntos se prestan a duda, como cuando Moisés Franco destaca la creencia prehispánica

en un Dios supremo, por encima de la pluralidad politeísta de dioses y diosas que aparecen en la *Relación de Michoacán* (p. 83). Esto puede admitirse como una cuestión de principio general de la historia de las religiones (todas las religiones politeístas admiten un dios supremo, y todas las religiones monoteístas admiten deidades menores),<sup>9</sup> pero no se puede documentar adecuadamente en las fuentes michoacanas, y la evidencia de la antropología contemporánea no es prueba suficiente de una creencia prehispánica.

Lo mismo puede decirse del argumento de Moisés Franco de que la diosa Cueráuaperi, “engendradora”, “puede ser masculina o femenina”, aun cuando todas las menciones de la *Relación de Michoacán* se refieren a ella como una diosa.

El segundo capítulo trata de “La Utopía de Maturino Gilberti”, que es un análisis de los temas tratados en su extenso *Diálogo de doctrina christiana...* Llama la atención que, después de exponer los “rudimentos de la fe”, toda la doctrina cristiana está expuesta usando como “entramado estructural” las tres virtudes teológicas: fe, esperanza y caridad. Este procedimiento nunca antes había sido visto como me lo señaló Ascensión Hernández de León-Portilla.

La fe, digamos que la ontología cristiana, la expone Gilberti a través del credo, que incluye, entre otros temas, la Encarnación y la Trinidad. La esperanza, lo que

puede pedir y esperar un cristiano, se expone a través del padrenuestro. Y la caridad, que es como la ética cristiana, se expone a través de los Diez Mandamientos, y es el tratado más prolijo, por los temas que abarca. Siguen unos tratados más breves sobre las edades del mundo, las epístolas y los evangelios de los sermones de todos los domingos, de las tribulaciones y sus provechos (los de Jesucristo, y san Eustaquio y san Alexo) y sobre el ministerio de los ángeles.

Destaca el problema, señalado, como vimos, por Joaquín García Icazbalceta, de la traducción de textos bíblicos, porque la religión católica prohibía trasladar textos de la Biblia a lenguas vernáculas. Sólo la Vulgata, la traducción de la Biblia al latín de San Jerónimo (347-420) se podía leer. En 1522, el hasta entonces fraile agustino alemán fray Martín Lutero (1483-1546), al tiempo que fundó la Reforma Protestante y aseguró que la única autoridad no es el papa sino la palabra de Dios expresada en la Biblia, publicó su traducción al alemán del Nuevo Testamento, directo del original en griego, y en una lengua entendible por los alemanes del sur y los del norte. Y, con un equipo de colaboradores, publicó en 1534 la traducción del Antiguo Testamento, a partir del original hebreo. Siguió su ejemplo el inglés William Tyndale (1495-1536), quien en 1526 tradujo al inglés el Nuevo Testamento a partir del original griego, y después, ya en la cárcel, los primeros catorce libros del Antiguo Testamento a partir del original hebreo, y murió en la hoguera por ello. Y la primera traducción completa de la

<sup>9</sup> Yuval Noah Harari, *Sapiens. A Short History of Mankind*, Nueva York, Harper Collins, 2014.

Biblia al español, a partir de los originales hebreo y griego, la publicó en 1569, en Basilea, Suiza, fray Casiodoro de Reina (ca. 1520-1594), fraile jerónimo convertido al protestantismo. Es curioso que la traducción de textos bíblicos en el *Diálogo de doctrina christiana...* no se le echase en cara a fray Maturino Gilberti.

El tercer capítulo está dedicado a “Gilberti y los recursos de la lengua p’urhépecha”, en el que lo trata “ya no como predicador, doctrinero o evangelizador, sino como escritor”. El juicio del purépecha Franco Mendoza es muy favorable a Gilberti:

El personaje parece deambular en momentos, trotar y correr en otros, saltar y solazarse también, por el vasto camino de la lengua de Michoacán. En el *Diálogo* va sembrando expresiones que escoge y toma de los propios recursos que proporciona la lengua, cual granero de fecundas e inagotables semillas.

Y, como dije, la selección de transcripciones y sus traducciones es muy atinada, enriquecedora y didáctica, y nos antoja más a tener la traducción completa.

El cuarto y último capítulo de *Eráxamakua*, que es todo un libro en sí mismo, se refiere al juicio eclesiástico que el obispo Vasco de Quiroga promovió ante el arzobispo fray Alonso de Montúfar contra varias proposiciones “malsonantes” supuestamente contenidas en el *Diálogo de doctrina christiana...*, y que, si acaso no impidió totalmente su circula-

ción, sí la restringió o *clandestinizó* considerablemente. Destaca el valor de la transcripción y la traducción de los textos originales incriminados realizada por Franco Mendoza, y sus comentarios sobre varios de los términos utilizados por Gilberti y las dos traducciones de los mismos fragmentos que realizaron los padres Diego de Villoria y Francisco Hernández, por un lado, y los padres Francisco de la Cerda y Diego Pérez Gordillo Negrón, ambos a petición del bachiller Jerónimo Rodríguez, canónigo provisor y vicario general del obispado de Michoacán. Moisés Franco refiere que no se sabe cómo se escogió el fragmento incriminado y por qué se mandó traducir dos veces, acaso una de ellas a petición del propio Gilberti (p. 311).

Casi siempre Moisés Franco Mendoza sale en defensa del *Diálogo de doctrina christiana...* de Gilberti por la injusticia de las acusaciones que se le hacen, y por lo general tiene razón: como lo vio desde el comienzo don Joaquín García Icazbalceta, nada contrario a la fe podía salir de la pluma de un sabio como fray Maturino Gilberti. Su explicación de la Santísima Trinidad en lengua michoacana es particularmente afortunada, haciendo uso de la metáfora de la relación entre Dios Padre y Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, semejante a un lago y los ríos que de él salen, con la misma agua, y al sol y a sus rayos, con el mismo fulgor. Obviamente, como veremos más adelante, el ataque del obispo Quiroga contra fray Maturino tenía razones más políticas y económicas que teológicas.

### Autoría compartida

Un matiz, pero un matiz importante, debe hacerse respecto de la caracterización que hace Moisés Franco Mendoza del *Diálogo de doctrina christiana...*, de fray Maturino Gilberti, que es el de su autoría. Moisés Franco siempre restringe sólo al fraile su autoría, con un conocimiento excelente de todos los matices y recursos de la lengua michoacana. Sin embargo, todo indica que fray Maturino no trabajó solo, sino que lo hizo encabezando un grupo de trabajo multidisciplinario con purépechas formados en el convento franciscano de Tzintzuntzan y otros, que participaron en la escritura, la impresión y hasta la encuadernación de sus libros en lengua michoacana. Es notable que, en tan poco tiempo, escasos dos años, 1558 y 1559, fray Maturino Gilberti haya logrado imprimir cinco libros (el *Arte...*, el *Thesoro spiritual en lengua de Mechuacán*, el *Diálogo...*, el *Vocabulario...* y la *Grammatica Maturini*), dos de ellos muy extensos (el *Diálogo...* y el *Vocabulario...*), todos ellos muy complejos por las dificultades de la lengua michoacana, “lengua desconocida para los cajistas” españoles, como lo expresó García Icazbalceta. Por ello puede decirse que la excepcional realización tipográfica fue posible gracias a que Gilberti llegó con todas las obras ya listas, con la ayuda de indios michoacanos, y acompañado por indios michoacanos preparados para los trabajos de la imprenta (tal vez Gilberti los mandó como aprendices desde

antes), entre ellos el de cajistas. Así como rutinariamente se habla de fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores nahuas, también así se debe hablar de todos los frailes y sus colaboradores nahuas (escribió sobre ellos fray Juan Baptista Viseo)<sup>10</sup> y de otras lenguas, y en particular del caso de fray Maturino Gilberti, tanto en la elaboración de sus obras, como en su impresión.<sup>11</sup>

De modo que la riqueza, la maestría, la sutileza en el manejo de la lengua michoacana que Franco Mendoza destaca en el *Diálogo de doctrina christiana...* no son mérito sólo de fray Maturino Gilberti, sino también de sus colaboradores purépechas, semejantes a los del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Uno de los colaboradores principales de Gilberti debió ser nada menos que don Antonio Huitzímengari (¿?-1562), segundo hijo del Cazonci Tangáxoan Tzintzicha (¿?-1530) y gobernador de la ciudad y provincia de Mechuacan

<sup>10</sup> Véase de fray Juan Baptista [Viseo], OFM, el prólogo a su [...] *Sermonario en lengua mexicana*, México. Primera parte, Diego López Dávalos, 1606, disponible en internet. Y en Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI* [México, Librería de Andrade y Morales, Sucesores, Portal de Agustinos núm. 3], 1886; [México, FCE], segunda edición, 1954, pp. 474-478.

<sup>11</sup> Rodrigo Martínez Baracs, "El *Vocabulario en lengua de Mechuacan* (1559) de fray Maturino Gilberti como fuente de información histórica", en Carlos Paredes Martínez (coord.), *Lengua y etnohistoria purépecha. Homenaje a J. Benedict Warren*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas / CIESAS, 1997, pp. 67-162. Reed. facs., Morelia, s.p.i., s.f.

entre 1545 y 1562. Sabemos que don Antonio Huitzímengari fue educado con esmero por los franciscanos, por el propio virrey don Antonio de Mendoza (1490/1493-1552) y por el agustino fray Alonso de la Veracruz (1507-1584), que sabía latín y griego y algo de hebreo, para, como buen humanista, leer las versiones originales del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento*, poseer un saber enciclopédico, colaborar tanto con Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575) en una "Relación sobre la provincia de Mechuacan", lamentablemente desaparecida, como con fray Maturino Gilberti en sus obras michoacanas. Este último y sus colaboradores michoacanos emprendieron juntos el trabajo de *purepechización* del cristianismo.

Debe advertirse que al consolidarse la relación de Gilberti y don Antonio Huitzímengari, se deterioró la relación de ambos con el obispo Quiroga, con el que el primero andaba ya en pleito en la ciudad de Pátzcuaro, como se puede apreciar por varias menciones del *Arte de la lengua de Michuacan* de Gilberti, de 1558. Después de que el gobernador previo, don Pedro Cuínierangari, apoyara a Vasco de Quiroga en 1538 cuando decidió y negoció la traslación de la sede capital de la ciudad de Mechuacan de Tzintzuntzan a Pátzcuaro, ahora el gobernador don Antonio Huitzímengari se inclinaba hacia el bando tzintzuntzanista.

En mucho se parece la figura del michoacano don Antonio Huítzimengari a la del nahua don Antonio Valeriano (1531-1605), de la parcialidad mexicana de Azcapotzalco, que fue gobernador indio de la

parcialidad de Tenochtitlan de la Ciudad de Mexico, que también era gran latinista, y que fue uno de los principales colaboradores de fray Bernardino de Sahagún en su obra etnográfica (*Códices matritenses*, *Códice florentino*) y evangelizadora (*Colloquios*, *Exercicio quotidiano*, *Psalmodia christiana*). Y es probable que Valeriano sea el autor o uno de los autores del texto náhuatl conocido como *Nican mopohua* ("Aquí se cuenta") sobre las apariciones de la Virgen de Guadalupe del Tepeyac. ¡Cómo quisiéramos conocer los escritos de don Antonio Huítzimengari!

### El conflicto con el obispo Quiroga

Según Moisés Franco Mendoza, un motivo prominente del ataque del obispo Vasco de Quiroga contra fray Maturino Gilberti fue por un conflicto de autoridad: que Gilberti pidió la autorización al arzobispo de México fray Alonso de Montúfar para su *Diálogo de doctrina christiana...*, y sus demás libros michoacanos,<sup>12</sup> pero no la del obispo Quiroga,

<sup>12</sup> Y las autorizaciones del virrey don Luis de Velasco (¿?-1564) y del provincial franciscano fray Francisco de Toral (1500/1501-1571), que obtuvo los pareceres del franciscano fray Jacobo Daciano (ca. 1484-1566), príncipe de Dinamarca, y del sabio agustino fray Alonso de la Veracruz (1507-1584). Menciono que fray Francisco de Toral sería designado el año siguiente de 1560 obispo de Yucatán, donde examinó a partir de su llegada, en 1562, el proceso inquisitorial del obispo fray Diego de Landa contra los indios de Maní, que condujo al auto de fe del 12 de julio de 1562, en el que fueron quemadas imágenes y objetos sagrados

quien sentía que el arzobispo se había metido en su jurisdicción al autorizar estos libros escritos en lengua purépecha y en Michoacán, aunque publicados en la Ciudad de México. Pero, argumenta Moisés Franco: como el obispo Quiroga no se quería meter en un pleito con el poderoso arzobispo de México, prefirió hacerlo a través del fraile Gilberti, forzando al arzobispo de encargarse de la acusación a Gilberti por sus errores.

No creo que la supuesta rivalidad del obispo Quiroga y el arzobispo Montúfar haya tenido que ver con el ataque de Quiroga contra Gilberti, que debe más bien enmarcarse en el conflicto de la segunda mitad del siglo XVI entre el clero secular (la Iglesia formal encabezada por el arzobispo de México y los obispos de los obisposados novohispanos) y el clero regular (las semiautónomas órdenes religiosas de franciscanos, dominicos y agustinos), y en este conflicto el arzobispo Montúfar y el obispo Quiroga no eran enemigos sino aliados. Al pedir la intervención de Montúfar en 1559, Quiroga buscaba defender y fortalecer su posición para fastidiar mejor a Gilberti.

Es cierto que el obispo Quiroga no puso su autorización al frente del *Diálogo de doctrina christiana...*, como no la puso, por lo demás, en ninguna de las otras obras de fray Maturino, y no por ello las incriminó. De modo que no puede ser ésta la explicación de su ataque contra esa obra de Gilberti.

---

y códices, que indignó al obispo Toral, que creía en la evangelización pacífica.

Tampoco fue una causa decisiva el hecho, mencionado por Franco Mendoza, de que el *Diálogo de doctrina christiana...* fuera una doctrina escrita sólo en lengua indígena, porque otros misioneros, como los franciscanos fray Pedro de Gante y fray Alonso de Molina, también lo hicieron, en lengua náhuatl, y el dominico fray Benito Fernández en mixteco, entre varios otros misioneros lingüistas, y no fueron perseguidos por el tribunal eclesiástico ordinario o por la Inquisición.

Sorprende, por cierto, que ni Quiroga ni Montúfar repararan en un hecho claramente irregular: la autorización del arzobispo Montúfar del 10 de agosto de 1558 de publicar las obras de Gilberti, tal como aparece al frente del *Arte...* y del *Thesoro...*, ambos de 1558, menciona “una arte y vocabulario y devocionario”, y sólo en la misma autorización que aparece al frente del *Diálogo de doctrina christiana...*, de 1559, se agrega: “una arte y vocabulario y devocionario y Diálogo de doctrina christiana”. Y esto, sin que cambie la fecha de la licencia del arzobispo Montúfar. Es curioso que Gilberti no haya tenido que dar cuentas sobre esta interpolación.

El virulento ataque de Quiroga contra Gilberti forma parte del viejo conflicto del obispo contra los frailes franciscanos. En primer lugar, el “pleito grande” de Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, con fray Juan de Zumárraga, obispo de México, por los límites de ambos obisposados y por los diezmos michoacanos cobrados entre 1536 y 1538 por el obispado de México. Enseguida, el obispo Quiroga se enfrentó a los

franciscanos de Mechuacan, reacios de subordinarse a su autoridad, y opuestos a su decisión de trasladar la cabecera de la ciudad de Mechuacan, de Tzintzuntzan a Pátzcuaro. Y en 1541, los franciscanos apoyaron al virrey don Antonio de Mendoza y a los encomenderos de Michoacán en su fundación de una nueva “ciudad de Mechuacan” en el valle de Guayángareo, adonde se fue el cabildo español de la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Tampoco dejaron los franciscanos de apoyar a la antigua capital y ahora “pueblo” de Tzintzuntzan por recuperar el título de ciudad. Y, lo que es peor, los franciscanos apoyaron a Juan Infante, el encomendero fraudulento que despojó a la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro, sede del obispado, de varios de los pueblos de la ribera norte y occidental del lago de Pátzcuaro, los “Barrios de la Laguna”, llamados “Pueblos de la Laguna” por Infante, para subrayar su autonomía. Y Juan Infante apoyó a los franciscanos a construir varios monasterios, entre ellos el de la nueva ciudad de Mechuacan en Guayángareo.

En 1554 llegó a México fray Alonso de Montúfar, segundo arzobispo de México, en la misma flota que Vasco de Quiroga, quien regresaba a su obispado de Mechuacan, después de su viaje a España de 1548 a 1554, donde obtuvo del rey y del papa el apoyo que necesitaba para sus proyectos. El arzobispo de México y el obispo de Michoacán organizaron el Primer Concilio Eclesiástico Mexicano, para dar cuerpo a la Iglesia mexicana, y actuaron juntos para subor-

dinar a las semiautónomas órdenes mendicantes. Otro punto del conflicto fue la determinación del arzobispo Montúfar y el obispo Quiroga de imponer el diezmo eclesiástico a los indios, con el fin de obtener recursos para fortalecer el clero secular en la Nueva España, a lo cual los franciscanos y agustinos se opusieron con decisión. No se les podía cobrar diezmo a los indios, alegaban, porque a ellos ya se les cobraba un pesado tributo, que cubría los gastos de su doctrina, y además eran cristianos nuevos, a los que no convenía cobrar los costos de la evangelización que se les imponía.

En Michoacán hubo aparatosos y aun violentos conflictos, como el del obispo Quiroga contra los frailes agustinos por la parroquia del pueblo michoacano de Tlazazalca (1558-1562), y contra los franciscanos por la pila bautismal de Pátzcuaro. Y los franciscanos no dejaron de oponerse a la desmedida catedral que planeaba construir el obispo Quiroga en Pátzcuaro, que era una carga desmedida, en trabajo, piedra y madera, para los pueblos de indios.<sup>13</sup>

En el caso particular de Gilberti y de Quiroga, su conflicto se documenta en un testimonio del primero recién aparecido, el pri-

<sup>13</sup> “Memoria del padre Gilberti al Rey”, 4 de febrero de 1563 (AGN, Inquisición, vol. 43, núm. 6), en Francisco Fernández del Castillo, *Libros y librerías en el siglo XVI*, México, FCE / AGN, 1982, pp. 3-37; y en J. Benedict Warren, *Estudios sobre el Michoacán colonial. Los lingüistas y la lengua*, presentación por Gerardo Sánchez Díaz, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2007, pp. 97-100.

mero conocido, de 1554, cuando Gilberti era guardián del monasterio de Eróngaricuaro, importante cabecera de los Barrios de la Laguna apropiado por Juan Infante, y declaró a favor de éste en el pleito que intentó contra Quiroga, en una última y vana intenciona por evitar la pérdida de los Barrios de la Laguna y su restitución a la ciudad de Mechuacan.<sup>14</sup> Por este testimonio nos enteramos de que desde su llegada a Michoacán en 1543, fray Maturino visitó todos los pueblos de la Laguna, de la Sierra y Comanja, de la gran encomienda fraudulenta de Juan Infante, lo conoció personalmente a él y a su esposa e hijos e hija, y participó en la fundación del monasterio franciscano de Eróngaricuaro, del cual fue guardián. En el mismo pleito también se registra que en 1550 se llevó a cabo un capítulo de los franciscanos en el pueblo michoacano de Tarécuato, con la participación del provincial fray Francisco de Bustamante, durante el cual se discutió la validez de su alianza con el encomendero Juan Infante y se decidió la fundación del monasterio de Eróngaricuaro.

En la probanza que levantó, en 1554, Juan Infante sobre sus pueblos de la Laguna, declararon varios otros franciscanos, todos ellos partidarios, beneficiarios y cola-

<sup>14</sup> Archivo General de Indias (AGI), Justicia, leg. 203, núm. 2, “Juan Infante, vecino de México, contra el obispo de Mechoacan y el fiscal de Su Majestad sobre los pueblos de la Laguna que le estaban encomendados”. Transcripción coordinada por Armando Mauricio Escobar Olmedo, que me fue amablemente proporcionada por Carlos Herrejón Peredo.

boradores suyos (fray Antonio de Beteta, fray Martín de Villegas, fray Francisco Sámano, fray Juan de Molina, fray Alonso de Zufre, fray Pedro de las Garrovillas, fray Alonso de Villanueva, entre otros). El encomendero Infante se esforzó por dejar constancia de que trató bien a sus indios encomendados y a los frailes franciscanos, a los que apoyó en el mantenimiento y en la construcción de sus monasterios, particularmente la que se realizaba en la “nueva ciudad de Mechuacan” de Guayángareo.

De modo que fray Maturino Gilberti era amigo, colaborador y partidario del encomendero Juan Infante, el peor de los enemigos del obispo Quiroga, y uno de los villanos de la historia mexicana en el siglo XVI. Y llama la atención que el cuestionario de Juan Infante destaque sus verdaderas o supuestas virtudes hospitalarias, y que los indios lo llamaran “padre” y a su esposa doña Catalina de Samaniego la llamaran “madre”. De modo que hasta el título de *tata* se lo disputó Juan Infante a Vasco de Quiroga. Su ataque a fray Maturino Gilberti en 1559 por el *Diálogo de doctrina christiana...* forma, pues, parte de un conflicto antiguo y acerbo. Las acusaciones de doctrinas y palabras “malsonantes” parecen un mero pretexto para enfrentar diferencias fuertes de naturaleza política y económica.

Y el obispo Quiroga debió de aprovechar y azuzar “algunas envidias de clérigos del obispado de Mechoacan” (mencionadas por los inquisidores mexicanos en una carta del 22 de diciembre de 1576 al Consejo de la Real Inquisición

en Sevilla).<sup>15</sup> Es probable que estos clérigos envidiosos de fray Maturino sean los bien conocidos padres Francisco de la Cerda y Diego Pérez Gordillo Negrón, colaboradores cercanos del obispo Quiroga.

El pretexto ideal lo daba la posible cercanía de Gilberti con ideas protestantes, en un libro enteramente escrito en una lengua indígena, como en lo relativo a la cuestión de la Trinidad, de las buenas obras y la Gracia, del culto a las imágenes, y de la lectura directa de la Biblia. Y es por esto, tal vez, que Gilberti declaraba que había nacido en Toulouse, y no menciona a Poitiers, que era un centro de irradiación protestante, como vimos que lo observó J. Benedict Warren.<sup>16</sup>

Mientras tanto, en la Ciudad de México el conflicto entre los franciscanos y el arzobispo Montúfar subió a alturas dramáticas en 1556, cuando el provincial franciscano fray Francisco de Bustamante pronunció un sermón en el cual criticó severamente el apoyo que el arzobispo fray Alonso de Montúfar daba al naciente culto a una imagen de la Virgen que llamaban de Guadalupe, y fue pintada por Marcos, un prestigioso artista indio.

De Eróngaricuaru, Gilberti pasó en 1555 al convento de Pátzcuaro, donde en 1556 entró nuevamente en conflicto con Vasco de Quiroga en defensa de Tzintzuntzan, reducida a la categoría de pueblo su-

jeto a la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Y, acaso para alejarse físicamente del obispo Quiroga, en 1557, Gilberti, junto con su equipo de colaboradores michoacanos, pasó al convento de San Francisco de la Ciudad de México, para imprimir en 1558 y 1559 sus grandes libros, y donde sus hermanos franciscanos le contaron todos los pormenores del conflicto de esta orden contra el arzobispo Montúfar por su apoyo a la Virgen de Guadalupe. Era antigua la relación de Gilberti con el provincial franciscano fray Francisco de Bustamante, quien intervino en 1550, en el capítulo de Tarécuato, en la fundación del monasterio de Eróngaricuaru, del que Gilberti fue guardián.

Uno de los argumentos importantes del provincial Bustamante y los franciscanos contra el culto guadalupano en 1556, fue que no se debía adorar a las imágenes en sí mismas, aunque sean de la Virgen o los santos, sino por lo que representan en el cielo, esto es Dios, Jesucristo. Ahora bien, el historiador Francisco de la Maza (1913-1972) advirtió que este mismo argumento fue explicado en lengua de Mechuacan por fray Maturino Gilberti en su *Diálogo de doctrina christiana...*, y es precisamente una de las supuestas expresiones “malsonantes” detectadas por los padres Gordillo Negrón y De la Cerda, por las que lo acusó el obispo Quiroga. El paralelismo de ambos conflictos lleva a pensar que, tal vez, así como el conflicto mexicano estalló con la crítica del franciscano Bustamante al arzobispo Montúfar por su

apoyo a la Virgen de Guadalupe, el debate michoacano estalló con la crítica del franciscano Gilberti al obispo Quiroga por su apoyo a la Virgen de la Salud, de la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Ambos conflictos religiosos, debe entenderse, se ubican en el contexto más amplio del conflicto político y económico novohispano entre el clero secular de los padres y el clero regular de los frailes. El ataque contra la Virgen de la Salud debió exacerbar el enojo del obispo Quiroga, quien mandó a sus sacerdotes traductores, Francisco de la Cerda y Diego Pérez Gordillo Negrón, a examinar las proposiciones sospechosas de protestantismo que pudiera contener el *Diálogo de doctrina christiana...*, enteramente escrito en lengua de Mechuacan, precisamente sobre el culto a las imágenes, las buenas obras y la Trinidad.

Todavía no podemos estar seguros de nada, y acaso algo aparezca conforme se siga traduciendo el *Diálogo de doctrina christiana...* de Gilberti. Mientras tanto, el gran libro *Eráxamakua* de Moisés Franco Mendoza se erige como una puerta de entrada privilegiada para comenzar a adentrarnos en el rico mundo religioso cristiano de fray Maturino Gilberti y en su magistral expresión en lengua michoacana, su *Diálogo doctrina christiana en la lengua de Mechuacan*, que es obra también de sus colaboradores michoacanos, que es necesario continuar traduciendo y estudiando porque es patrimonio cultural de Michoacán y de la Humanidad.

<sup>15</sup> AGN, Inquisición, vol. 43, en Francisco Fernández del Castillo, *op. cit.*, p. 36.

<sup>16</sup> J. Benedict Warren, “Fray Maturino Gilberti y sus obras”, en *op. cit.*, p. 20.